

Thomas Mann y Max Weber: ética y política a las puertas de Weimar

A Thomas Mann el tiempo se le va entre las manos. Es el tiempo de su mundo el que se deshace. Y ese mundo es, tal como él anotara, «el de la burguesía patricia».

En el último tercio del siglo XIX, luego de la unificación, el capital se desarrolla en Alemania de forma vertiginosa, recorriendo en poco tiempo el sendero que en otros países europeos requirió períodos prolongados. Alemania queda entonces a horcajadas en un mundo económico plenamente burgués, dominado por el capital y sus valores, que fuerza la modernización de la sociedad, y un mundo político-cultural que, en tanto punto débil de la burguesía, permanece replegado en modos de ese tiempo que se está yendo.

Este retraso del mundo político se expresa en el abandono que de él hace la burguesía. La administración y la cultura se transforman en espacios apolíticos, suprapartidistas.

La intelectualidad se cierra sobre sí, decidida a contemplar el mundo, a no actuar en él. El romanticismo, que en Alemania ha nacido más como respuesta a la Francia ilustrada que a un movimiento de las luces interno, refuerza esa situación con su elevación de la interioridad subjetiva (espíritu) a lugar de las transformaciones, desechando la exterioridad que supone la acción cívica (política).

El romanticismo idealizará la debilidad política de la burguesía. El fracaso institucional en términos burgueses de la revolución del 48, expresado en la permanencia de estructuras políticas del antiguo régimen, será nombrado como rasgo de la especificidad germánica. Esta peculiaridad nacional consistirá en combinar instituciones viejas y modernas: monarquía e industria, universidad y militarismo. Esta curiosa convivencia, lastre de la alianza entre burguesía y *Junkers*, será investida de alta expresión

de la identidad cultural alemana. El romanticismo hablará, entonces, de que Alemania ha emprendido *su* propio camino hacia la modernización, espiritual y por tanto impar, distinto del tomado por el Occidente materialista.

De este modo, se plasma una escisión entre intelectuales y política, que es proclamada como positiva en el mundo burgués. El apoliticismo se ha vuelto un orgullo.

Thomas Mann está en el centro de ese mundo que se diluye. Su vida civil es una metáfora de la alianza entre la burguesía y los *Junkers*: ha nacido en 1875 en el seno de una familia protestante de la burguesía comercial hanseática, y se casa en 1905 con la hija de una familia aristócrata —judía conversa al protestantismo— de Silesia, cuyo salón literario es uno de los centros sociales de las élites de Munich.

La literatura de Mann de estos años está en línea con su experiencia de descomposición del mundo patricio y de reacción romántica. Y precisamente porque su mundo está en descomposición, Thomas Mann encontrará una contrafigura de sí mismo en su propio entorno. Se trata de su hermano, Heinrich, opositor a la política guillermina, demócrata, partidario de las Luces y por tanto del compromiso intelectual con la política. *Consideraciones de un apolítico* —texto del cual nos ocuparemos— nace en polémica con un ensayo de Heinrich, emblemáticamente titulado *Zola Essay* (*Ensayo sobre Zola*).

El mundo de clase de Thomas Mann, aun cuando se halla en el poder gubernamental, se encuentra históricamente a la defensiva. Prueba de ello es que su hegemonía ideológica comienza a ser cuestionada desde el universo cultural. La protesta de las vanguardias, en efecto, alza su voz hacia 1905, y aunque contiene elementos que se pueden enlazar al romanticismo, no es el eco de la voz de Thomas Mann.

El proceso de escritura de *Consideraciones de un apolítico* refleja el modo en que Thomas Mann encara el derrumbe de su mundo. La política guillermina, apoyada por los grupos hegemónicos, ha desembocado en la guerra del '14. Cuando en noviembre de 1915 Thomas Mann comienza a escribir *Consideraciones...* para aprobar la guerra guillermina y polemizar con su hermano Heinrich, su palabra es ya la de un intelectual integrado al poder oficial. Su fama y prestigio datan de 1901, cuando contaba con veintiséis años, a raíz de la publicación de *Los Buddenbrook*. Como contrapartida, desde 1909 se ha ido distanciando progresivamente de su hermano por cuestiones políticas. La ruptura entre ambos se concreta en 1914, con el estallido de la Gran Guerra.

Corre 1916 y con él la guerra. Thomas Mann se dedica exclusivamente a continuar el ensayo. En noviembre del '17 el trabajo está casi terminado... al igual que la contienda. Mann finaliza su ensayo en marzo del '18, cuan-

do la derrota alemana está a la vista. Es publicado en octubre y, días más tarde, el 8 y 9 de noviembre, comienzan los primeros levantamientos revolucionarios en Munich y Berlín, ciudad en la que se ha hecho la edición. el 11 de noviembre se firma el armisticio, sellando la derrota germana. El último golpe al mundo de Mann ha sido dado.

Consideraciones de un apolítico, antes que un trabajo homogéneo, dotado de cierta lógica interna, o un panfleto, destinado a hacer propaganda de ciertas ideas, es más bien un ejercicio de aclaración de las propias ideas por parte del autor¹. Este borrador de ideas que es *Consideraciones...* permite observar cómo el pensamiento de Mann arriba a puntos originariamente impensados. Es que se produce en el interior de la obra una transición, un lento cambio de sentido. Así, en las últimas cincuenta páginas aparece casi de forma brusca una reversión parcial pero fuerte de los contenidos esbozados en gran parte del trabajo. Referimos, concretamente, al concepto de la política como profesión. Si, en principio, la política como tal, en buen romanticismo, es desechada y no menos subestimada como actividad, pasa luego a ser aceptada *parcialmente*, bajo el rótulo adjetivado de *política conservadora*. Se pasa del rechazo de la política a la afirmación de un tipo de política, la conservadora.

En su primera época intelectual, la del romanticismo, Mann plantea la cuestión humana como problema indivisible (estético, moral, espiritual y, en menor medida, político-social), pero la resolución de dicha cuestión no es posible sino desde el arte. Es la base de su posición apolítica y esteticista, espiritual. El hombre halla la respuesta a sus preguntas *en el interior* de su espiritualidad, no *en el exterior* de la planificación político-social. Por eso no necesita ser ciudadano, sino tener personalidad. Es más, lo uno se contrapone a lo otro: la democracia desespiritualiza, en tanto hace creer al hombre que la solución de sus interrogantes existenciales se hallan en el marco del Estado y no en el de su interioridad. Escribe Mann: «Visto desde fuera, el problema del hombre se presenta de una manera doble: como un problema metafísico y como un problema social, como un problema moral y como un problema político, como un problema personal y como un problema social. En realidad es sólo un problema, y la política, es decir la ilustración utilitaria y la filantropía de la dicha, no es el medio para su solución. El credo contrario es el credo del occidente europeo, de la democracia retórica, y Alemania, que lo resistió hasta ahora porque sabía que no era lícito separar el problema político del problema del hombre en general, que, por el contrario, también éste, en cuanto político, sólo puede hallar su solución mediante la intimidad, dentro del alma del hombre...» (*Consideraciones*, p. 275). De este modo, la política aparece rechazada en bloque. Toda política es mala, porque toda política es de tipo

¹ Ya en el prólogo, Thomas Mann habla del trabajo en términos del «presente volumen, que, a su vez, y por buenas razones, me cuido de calificar de libro o de obra», pues no se le puede otorgar este nombre a lo que, en verdad, es «una efusión o un memorándum, un inventario, un diario o una crónica» (*Consideraciones*, p. 28). Años más tarde, recordará el momento de escritura de este trabajo de la siguiente manera: «(...) comencé a trabajar, en varias etapas, en las Betrachtungen [*Consideraciones*]. Fue ésa una lucha desesperada para abrirme camino en medio de la maleza, y habría de durar dos años. Jamás he emprendido ningún otro trabajo que a mis propios ojos llevase tanto el sello de la obra privada, carente de todo porvenir público. Yo me debatía solo con mi tormento. A ninguno de los que me preguntaban conseguía yo siquiera aclararles qué es lo que propiamente estaba haciendo» (*Relato de mi vida*, Alianza ed., Madrid, 1980, pp. 47-48).

jacobina e ilustrada (literaria y afrancesada, que es la que encarna su hermano Heinrich), en tanto pretende resolver lo humano modificando la sociedad. Lo conservador es, por tanto, apolítico, esteticista, espiritual.

En esta primera época, cuyos planteos están en el núcleo central de *Consideraciones...*, la óptica romántica impide a Mann deslindar la política de la actitud con que cierto jacobinismo afronta la política. Por un lado, porque el romanticismo rechaza todo cambio, en función de una visión fatalista de la realidad, según la cual la posibilidad de transformar lo existente es de por sí, más allá de cómo se encare esa transformación, un delito de irresponsabilidad, no exento de ingenuidad. Y por otro, porque en función de su creencia en los particularismos, supone que tal actitud es la que corresponde al espíritu francés, presuntamente contrapuesto al alemán, que requeriría, no política, sino espiritualidad.

En la segunda época, que como se ha dicho se inicia en el interior mismo de *Consideraciones...*, más precisamente en sus últimas cincuenta páginas, aunque se plasma cabalmente luego, cuando el romanticismo en Mann retrocede hasta hacerse inencontrable, el problema de lo humano continúa planteándose como indivisible, pero la resolución ya no será enteramente espiritual, sino que lo político tendrá su lugar. La política es parte de la solución, pero desde su propia lógica.

Se produce, por tanto, una revaloración explícita de la política, a la que ya no se la contrapone como lo negativo frente a la positividad del arte. Cada uno tendrá su función, cumplirá su rol en la actividad humana.

El retroceso del romanticismo ha permitido diferenciar lo que antes aparecía superpuesto: la política como tal y la actitud (irresponsable) con que cierto jacobinismo la enfrenta. Esa actitud, que en la primera época representaba a la política en tanto tal, ahora expresará lo contrapolítico, lo antipolítico, la negación de la política. Y lo hace porque, para Mann, en esta etapa la política no es otra cosa que la tensión entre principios y responsabilidad, entre convicciones y posibilidades, entre —según sus palabras— vida y espíritu puro, entre impresionismo y expresionismo. Ya no hay un rechazo en bloque de la política, sino de la actitud irresponsable, que subordina la realidad a los principios y que proclama que se haga justicia aunque el mundo perezca. Por esto, el esteticista ha pasado a ser Heinrich, merced a su talante jacobino. Lo que sí aparece —aunque sólo en esta transición que representan las últimas páginas de *Consideraciones...*— es la identificación entre buena política, política responsable, y política conservadora. En otras palabras, todavía el cambio sigue siendo irresponsable.

El apoliticismo de la primera época intelectual de Mann es ante todo un signo de desencanto/pesimismo. La incomodidad es con el futuro, no con el pasado. El desencanto ante la nueva sociedad por venir se expresa